

perfección de los cuerpos resucitados de los niños no bautizados y el problema de la luz que, según Francisco Suárez –que, en realidad, se hacía eco de la escuela aristotélica de Padua y del testimonio de Francesco Patrizzi– no debía faltar entre los pequeños después de su resurrección, proponiendo una solución innovadora con la creación de un nuevo mundo terrestre para ellos.

En síntesis, el volumen constituye una lectura obligada para historiadores de la iglesia, filólogos, historiadores del arte y un público más generalista. A este respecto, a mi modo de ver, una traducción al castellano del texto debería ser una prioridad, dado que algunas cuestiones ligadas con la lengua de Cervantes, como la sugestiva opinión sobre el limbo expresada por el pseudo Quijote publicado en Tarragona en 1614 (p. 193), deberían incorporar nuevos elementos de discusión a una «hipótesis teológica» que, como ha demostrado la profesora Franceschini, no constituye una entelequia en el plano de la especulación y la investigación de carácter científico. MACARENA MORALEJO

Andrés-Gallego, José. *España, Cataluña y su gente en la obra de Francisco Butiñá, 1834-1886*. Madrid: Ediciones 19, 2018, 642 pp. ISBN: 978-84-17280-19-2.

Al amplio número de publicaciones del autor, hay que añadir este último libro cuyo contenido se fija más en los aspectos históricos, sociopolíticos y religiosos del siglo XIX que, en el protagonista, Francisco Butiñá, SJ.

Empieza hablando de las *gentes* con gran profusión de datos y cronología, habla de las protagonistas femeninas, mujeres trabajadoras de Castilla y Cataluña, que tendrían relevancia en la obra de Francisco Butiñá, aportando datos localistas y ambientales, económicos y religiosos del mundo femenino, donde la presencia de la figura de Butiñá aparece como la de un tejedor dentro de una familia de trabajadores manuales y en un contexto histórico preindustrial.

Se hace una biografía de Butiñá, a veces interrumpida por contextualizaciones varias, donde el autor hace gala de sus conocimientos históricos. Lo encuadra en su familia, de origen artesanal, narra su formación en Bañolas, su vocación jesuítica, los lugares de formación en Salamanca y León, su salida fuera de España –en Cuba y en Francia–, el conocimiento de sociedades distintas impactantes, lo muestra siguiendo en los destierros la suerte de la Compañía de Jesús, la permanente preocupación familiar, destacando la relación con su cuñada Dolores Oller y la evocación de Cataluña a través de la Renaixença.

A la vuelta del destierro, ocasionado por la Gloriosa de 1868, se encuentra en Arévalo y Palencia, donde retoma lo esencial de su vocación apostólica, en medio de grandes preocupaciones familiares.

Retorna a Salamanca, una ciudad empobrecida, sin visos de la revolución industrial, donde Butiñá va a estrenar una nueva dimensión de su vida: la de fundador, además de profesor en el seminario dirigido por los jesuitas –en

permanente conflictividad con el clero diocesano–, y la de confesor en la Clerecía, donde se hacía notar por su celo apostólico, lo mismo que su superior el P. Bombardó, SJ.

Bonifacia Rodríguez, salmantina, artesana, cordonera, se confiesa con Francisco Butiñá, Carmen Castro, su madre, lo hace con el P. Bombardó. El autor describe la clase social a la que pertenecían –pobres, de escasos recursos, trabajadoras, de bajo perfil–, como asiduas a los cultos de la Clerecía, prestigiadas por ser dirigidas de los jesuitas. Se hace un inciso en la narración para hablar del linaje burgués de Isabel de Maranges y de su vocación, sin una conexión previa con el relato, por simple contraste social.

Hace converger en Salamanca a tres mujeres relevantes: Bonifacia Rodríguez y Cándida de Jesús, las dos santas canonizadas, y Ascensión Pacheco, una mujer desequilibrada, a la que el autor, siguiendo a Martín Tejedor, le otorga un protagonismo en la fundación de las Siervas de San José, que no le pertenece.

Del encuentro de Bonifacia y Butiñá da comienzo un tipo nuevo de vida religiosa, la Congregación de las Siervas de San José que arranca de la Asociación de la Inmaculada y San José, fundada en torno a Bonifacia y sus amigas (p. 315).

Varias páginas se dedican a reflejar ampliamente la espiritualidad del trabajo en general como espiritualidad propia de las Siervas de San José, una congregación de base industrial, «especie de cooperativa» según el criterio del obispo Lluch.

En 1874 el obispo de Salamanca, el catalán Joaquín Lluch, erige la Congregación de las Siervas de San José, no una comunidad (p. 315). Las casas se llamarían Talleres de Nazaret, con sus Constituciones y Reglamentos, con la mirada puesta en la Sagrada Familia, «que pasaban el santo día en el trabajo, animándose mutuamente a servir a Dios nuestro Señor» (p. 334).

El 10 de enero las siete primeras mujeres comienzan en Salamanca la vida comunitaria. El 19 de marzo emiten sus votos y toman el hábito carmelita, en contra de «lo que había dispuesto Butiñá en las Constituciones: que vistieran como las artesanas del país» (p. 319), haciendo notar en la ceremonia, en el sermón de Bombardó, la dimensión ignaciana que considera que «la principal regla de conducta y de gobierno es la sólida y acendrada caridad», que preside el texto del Reglamento de los Talleres de Nazaret.

El destierro de Butiñá, en abril de 1874 a Francia, dejó a la naciente congregación «sin que estuviera formada a la medida de mis deseos». En Poyanne se encontró con compañeros exiliados formados en «el antiliberalismo del Syllabus», lo que marcó su pensamiento político hacia formas conservadoras.

El retorno de Butiñá del destierro a Gerona, su deseo de continuar la fundación de las Siervas de San José y su tarea apostólica, viene documentado en la Carta Annuae de la provincia de Aragón: «En este intervalo de tiempo, con su trabajo e ingenio, comenzó el P. Butiñá en Calella la Congregación religiosa de las piadosas josefinas, que había iniciado el mismo Padre en Salamanca». El autor cuestiona la credibilidad de la carta sobre la participación de Butiñá en la primitiva comunidad en Calella.

Las llamadas para fundar en Cataluña a las Siervas de San José de Salamanca y las dificultades que surgieron de llevar a cabo este proyecto se exponen en el libro con todo detalle, el autor se sumerge en precisiones cronológicas, especialmente escorado en propiciar la presencia de Isabel Maranges en la comunidad josefina de Cataluña.

Sobre la fecha de la incorporación de Isabel Maranges a la comunidad josefina, tras una fluctuación de fechas: 1875, 1876, 1877, el autor se reafirma que fue en el 1877, cuando ya la comunidad en Calella y Gerona llevaba viviendo unos dos años, añadiendo datos de cómo las fechas fueron distorsionadas en algunas circunstancias. No se añaden aspectos de la personalidad de Isabel, más que su origen familiar de la pequeña burguesía y su formación cultural correspondiente, sin destacar rasgos de espiritualidad.

«Probablemente en marzo de 1877 tuvo lugar el encuentro de Isabel con Butiñá», quien la incorporó al grupo primitivo y no tardó en ser nombrada superiora, todo ello alentado por Butiñá. Poco tiempo después, ella protagonizaría la fundación de la comunidad de Tarrasa.

En el libro se estudian y se comparan reglamentos y constituciones. El autor presenta a partir de este momento las comunidades de Cataluña «como un instituto», en que aparecen quehaceres no previstos en la idea fundacional de Butiñá: la docencia y la asistencia a enfermos.

A partir de este punto, Butiñá vuelve a retomar en el libro el protagonismo que le corresponde, con motivo de la confrontación con la Compañía de Jesús, que se oponía a su dedicación a la comunidad religiosa de las Siervas de San José, todo bien documentado y con objetividad y que puso al límite la fidelidad de Butiñá a su vocación jesuítica.

Se hace un paralelismo entre el Reglamento de los Talleres de 1874, las Constituciones de 1875 y las Constituciones de 1879, los tres documentos mantienen las líneas generales marcadas por Butiñá: la oración y el trabajo hermanados, el trabajo manual, las jaculatorias –ampliadas a toda la vida de Jesús y no ceñidas, como al principio, a la contemplación de la vida oculta– la caridad como norma de vida y de gobierno (pp. 429-439).

Las Constituciones de 1879 tienen un espacio especial en esta obra. El autor las considera como verdadero punto de arranque de la consolidación de las Siervas de Cataluña. Al margen de la primitiva intuición fundacional de Butiñá, se añaden otras tareas en estas nuevas constituciones: las veladoras destinadas a asistencia a los enfermos y las cuestadoras para la adquisición de recursos. Con estas Constituciones «se planteaba casi una refundación del instituto» (p. 447), pretendiendo ignorar todo lo anterior y comenzar con nuevas tareas y nueva casa, a lo que se añadía la prosperidad de la comunidad de Tarrasa, en pleno desarrollo industrial, ampliamente descrita en varias páginas.

En la narración del intento de unión de las Siervas de Castilla y las de Cataluña, el autor sigue lo dicho por Martín Tejedor, cuyo estudio ha quedado superado por trabajos histórico-críticos posteriores realizados por las Siervas de san

José³. Siguiendo esa línea, narra el viaje de Bonifacia a Cataluña, el desenlace, la fundación de Zamora y el reintento de unión que Bonifacia propone desde esta ciudad, cosa que el autor aprovecha para dar una opinión negativa y arbitraria sobre ella (p. 596).

Se continúa describiendo la conflictividad de Butiñá con la Compañía en varias páginas y su traslado a Tarragona, comenzando cierto desplazamiento, «cuando la congregación tenía ya su articulación necesaria para funcionar de manera autónoma, prescindiendo de que su fundador se hallara cerca o lejos» (p. 610).

Como valoración, resulta determinante que las fuentes históricas empleadas están seleccionadas en una única dirección, echándose de menos textos claves en la interpretación de la figura y obra del fundador, como los que figuran en el Archivo General de las Siervas de San José. Esto ocasiona importantes imprecisiones y lagunas, pues el autor, sobre todo, se apoya en la Historia de las Siervas de san José de Martín Tejedor (1977), donde la figura de Bonifacia está notablemente distorsionada. Tampoco se han consultado nuevos documentos, existentes en el mismo archivo, referentes a la fundación y a las primeras compañeras; ni se han tenido presentes nuevas publicaciones.

Era de esperar que el autor hubiera dado protagonismo a las *gentes* que pasaron por la vida y por la pluma de Butiñá: los pobres, los trabajadores, los artesanos que «tenían que ganar el pan con el sudor de la frente», los necesitados de la luz de Jesús Trabajador, los que tenían necesidad de conversión.

De la misma manera, los personajes femeninos vienen marcados y valorados por el nivel socioeconómico, sin una visión más centrada en el rol que tienen dentro del proyecto de Butiñá: su evangelización y su promoción laboral.

El libro carece de una estructuración clara de la espiritualidad de Nazaret, expuesta por Butiñá en las oraciones y jaculatorias para rezar durante el trabajo, del valor que da a la santificación del trabajo sencillo, de poner la santidad al alcance de todos y de la pasión de Butiñá por el anuncio del Reino.

Dentro de la profusión dedicada a la espiritualidad del s. XIX, la figura de San José no tiene el protagonismo que se merece, tan importante en la obra de Butiñá, en su devoción personal, que inculcó a las Siervas de San José y que culminó con su obra *Las Glorias de San José*.

Para la elaboración de este libro, el autor «ha contado continuamente con la colaboración, asesoramiento y sugerencias de M.^a del Pilar Marquín FSJ y de María Sagrario Goñi FSJ» (p. 5), según se dice al aclarar la autoría. La obra se caracteriza por la abundante contextualización erudita, capaz de oscurecer algunos datos históricos del hombre y la obra de Francisco Butiñá, SJ, por la falta de una estructuración que articule los abundantes datos que se aportan y por las opiniones sobre hechos y personas sin fundamentar.

³ Entre ellos Adela de Cáceres, SSJ, *Trabajo y dignidad humana* (Salamanca, 1984), 153-170; la *Positio de virtudes de santa Bonifacia*, vol. I, B.d., pp. 87-95, 311-316, etc.

Este libro, del que el autor no asume toda la responsabilidad (p. 5), contrasta con la mayoría de sus obras, donde se muestra como un historiador riguroso del s. XIX y XX, un buen investigador, pionero de aspectos necesarios e imprescindibles para entender la Iglesia española contemporánea, su acción social y la incidencia en ella de la política religiosa, a lo que hay que añadir su calidad como docente. ADELA DE CÁCERES SSJ

Cárcel Ortí, Vicente. *La II República y la Guerra Civil en el Archivo Secreto Vaticano. [VI] Documentos del año 1938*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2018, LXVIII + 936 pp. ISBN: 978-84-220-1739-4.

Vicente Cárcel continúa su magna obra de la publicación de los documentos de Archivo Vaticano sobre la Segunda República y Guerra Civil. La obra alcanza con este el sexto volumen de una obra excelsa, cuyos méritos hemos ponderado en esta misma revista. Los documentos son de tal importancia, que en adelante no será posible escribir sobre las relaciones Iglesia-Estado de 1931 a 1939 sin tener en cuenta estas publicaciones de Cárcel Ortí.

Como en los volúmenes anteriores, el libro que ahora reseñamos consta fundamentalmente de dos partes: una amplia y detallada introducción del autor, en la que expone los problemas más importantes y novedosos del volumen, y la publicación de los documentos en su lengua original (generalmente en italiano), que en este caso comprenden 440 documentos, desde el documento 2450 (1 enero 1938) hasta el documento 2889 (31 diciembre 1938). La mayor parte de los documentos son despachos del representante o nuncio de la Santa Sede, con las respuestas del secretario de Estado, cardenal Pacelli. Estos documentos se completan con otros informes (entre los que destacan los del nuncio en París, Valeri); y otros documentos de obispos, eclesiásticos, políticos y del embajador Yanguas: cartas, apuntes, telegramas cifrados, recortes de prensa. El volumen finaliza con la relación y acta de la congregación Plenaria de cardenales sobre Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios. Gracias a este fondo documental podemos seguir los avatares diplomáticos de la Santa Sede con los Gobiernos nacional y republicano en el tercer año de la guerra, cuando se vislumbraba el triunfo definitivo de la España Nacional, a la que la Santa Sede había enviado a Antoniutti, como encargado de negocios y después al nuncio Cicognani. También se formalizaron las relaciones con el embajador Yanguas. El libro concluye con una relación de los documentos y con un bien pergeñado índice onomástico y de materias.

En la larga introducción de 63 páginas el autor pasa revista a los 19 temas más aludidos en los documentos. Algunos ya habían sido mencionados en los volúmenes anteriores. Comienza aludiendo a los problemas de la segunda parte de la gestión de Antoniutti, que fue enviado para promover la acción humanitaria, y acabó como representante oficioso de la Santa Sede (hasta finales de junio de 1938). Sigue el elogio del papa Pío XI y del cardenal Pacelli al cardenal Gomá